

A 10 Euro banknote is pinned to a wooden surface with a metal fastener. The fastener is a circular metal cap with a long, thin stem that passes through the paper of the banknote. The banknote is slightly crumpled and its colors are muted, appearing in shades of brown and tan. The wood grain of the surface is visible in the background.

Reflexiones anticapitalistas ante la crisis

INTRODUCCIÓN

El texto **Reflexiones anticapitalistas ante la crisis económica**, estaba previsto para ser publicado como un gaiak de los que, cada cierto tiempo, solemos editar ESK. Su última redacción la hicimos el pasado mes de mayo. La evolución de los acontecimientos relacionados con la crisis económica en estos últimos cinco meses, obligarían, en el caso de optar por la edición de un gaiak, a volver a redactar los capítulos 2 (**¿Qué políticas están impulsando ahora?**) y 3 (**¿Qué futuro?**), que han perdido actualidad. Nos ha parecido, sin embargo, que esta tarea no merecía mucho la pena y que atrasaría de nuevo la salida del documento. Además, dadas las características y finalidad que queríamos que tuviera el texto, creemos que, incluso con la redacción actual, sigue siendo muy útil. Por ello, hemos optado por hacer una edición digital para incluirla en la web del sindicato y enviarla a todas las personas afiliadas a ESK que han aportado su dirección de correo electrónico.

Es obligado, para rematar bien esta introducción, hacer algunos comentarios muy sintéticos, que permitan actualizar los dos capítulos antes citados, que se han quedado desfasados.

En el capítulo 2, dedicado a las políticas que se están impulsando ahora, sigue siendo muy pertinente la crítica de fondo dirigida a todas las administraciones concernidas, en cuanto a la distinta filosofía de apoyo otorgada a la banca y a la población que sufre la crisis. Aparte de eso, los aspectos que merecen puntuarse son los siguientes:

Sobre la Banca. Es indudable que las inmensas aportaciones de fondos públicos hechas en beneficio de la Banca, en muchos países, han sido exitosas en cuanto a impedir su hundimiento y colocarla otra vez, en una senda de beneficios. Sin embargo, visto el tema desde una perspectiva de justicia social, es inevitable reconocer que esta redistribución al revés (de la mayoría de la ciudadanía hacia los grandes capitales), ha sido una victoria del capital más poderoso, ya que es seguro que nadie le obligará a pagar todo lo recibido.

Con relación a la reestructuración de la banca y, sobre todo de las cajas de ahorro, en el Estado Español, aunque la senda por la que discurrirán las cosas ya está definida, su materialización todavía no se ha iniciado. Dos cosas ya podemos dar por seguras, sin embargo: una, que se usará el dinero de todos y todas para tapar agujeros de intereses privados; otra, que se dará otra vuelta de tuerca a la concentración del capital financiero y al funcionamiento absolutamente capitalista de las cajas de ahorro.

Sobre la población. Si bien el Plan E de Zapatero (el de los 8.000 millones de euros puestos a disposición de los Ayuntamientos para hacer obras municipales) ha permitido mantener 400.000 empleos temporalmente en 2009 y, dado que se va a prorrogar en 2010 con otros 5.000 millones de euros, volverá a salvar puestos de trabajo que, en caso de no existir el plan, pasarían a engrosar las cifras de paro, dada las magnitudes del desempleo con las que nos va a tocar vivir hasta el año 2012, por lo menos, esta polí-

tica es muy insuficiente y tiene un plazo de caducidad corto.

Fuera de la anterior línea de actuación solo hay la promesa de un nuevo modelo productivo a poner en marcha a través de la futura Ley para una economía sostenible y la cicatería de unas ayudas mínimas a las personas que ya han agotado todo tipo de prestaciones de desempleo. A partir de ahora tiene más sentido, si cabe, criticar la doble moral de las administraciones: se felicitan de que la crisis no ha tumbado ni a la banca ni al sistema, pero no son capaces de implementar los medios necesarios para evitar que los efectos de la misma, de los cuales el paro es, con diferencia, el más notable, siga machacando a millones de personas en los próximos años.

En el capítulo 3, sobre el futuro, es apropiado todo lo que se dice en los apartados dedicados a lo que se puede esperar del G-20, así como a que de esta crisis no se saldrá con un nuevo modo de acumulación capitalista. Lo que resulta desfasado es lo que tiene que ver con el epígrafe ¿Hasta cuándo durará la recesión y cómo saldremos de ella? Los principales países occidentales (EE.UU., Japón, Alemania y Francia) han dado por cerrada la recesión de sus economías con los datos del segundo trimestre del año en curso. El tema de la duración de la recesión, en este sentido, pertenece al pasado. Los debates están ahora en: cuál será la intensidad de la recuperación, qué tipo de regulaciones hay que implantar para no recaer en otra Gran Recesión, cuánto

tiempo llevará acabar con los efectos dejados por la crisis en unos mercados laborales repletos de paro y cómo deben ajustarse las finanzas públicas para amortizar los inmensos déficits que ha habido que hacer para enfrentar la recesión.

En el Estado español y, por supuesto en el País Vasco y Nafarroa, todavía seguimos en recesión, pero la preocupación por su duración ha dejado de ser importante por el clima general mundial más optimista en que se han colocado las élites políticas y económicas. Los debates fundamentales en nuestro caso son similares a los comentados en el párrafo anterior, pero con un añadido de mayor tragedia procedente de unos efectos de la crisis mucho más demolidores que en otros países de nuestro entorno. Un desempleo que duplica la media de la UE y una falta de perspectivas de modelo productivo capaz de tomar el relevo a la era del ladrillo. Fruto de estas circunstancias es que vamos a tener que lidiar, más pronto que tarde, con una nueva perspectiva de reforma laboral. Ahora solo están lanzando esa ofensiva el mundo empresarial y el mundo académico que le hace la ola, además de la derecha política, pero sin pasar mucho tiempo, veremos sumarse a ella al Gobierno del Estado.

2 de septiembre de 2009

Reflexiones anticapitalistas ante la crisis

¿Qué crisis?

Visión superficial

Todas las versiones explicativas de la actual crisis económica contienen elementos de crítica al funcionamiento del sistema capitalista en los últimos tiempos. Como lugares comunes, se admite que: se ha practicado una política regulatoria insuficiente e ineficaz de los mercados financieros; se ha desarrollado una política de reducción de los tipos de interés (fundamentalmente en EE.UU., pero también en otros países) que ha alimentado la burbuja inmobiliaria, cuyo estallido (verano de 2007, EE.UU.) está en el origen de la crisis; se ha difundido una ética social, entre irresponsable y perversa, que ha contaminado al conjunto de las capas sociales, llevándolas, en unos casos, a extralimitar sus niveles de consumo y endeudamiento y, en otros (élites financieras), a aprovecharse de este funcionamiento de casino en que se había convertido la economía, sabiendo que cuando llegaran las quiebras ya se pagarían con el concurso del Estado.

Algunas versiones van más allá y, en su preocupación por entender lo novedoso de esta crisis frente a otras conocidas en las tres últimas décadas, apuntan hechos como los siguientes: que ha surgido en el corazón del sistema (EE.UU.), lo que ha servido como palanca para su difusión al conjunto del mundo; que han confluído, en muy poco tiempo, varios frentes de crisis (crisis inmobiliaria, crisis financiera, crisis de la economía real), generando una suerte de tormenta perfecta que se ha depositado en la realidad como una recesión generalizada global; que la globalización, actuando como elemento impulsor de la crisis, ha impedido que ningún país y ninguna zona del planeta pueda desacoplarse y abstraerse de los daños de la crisis.

Las ideas comentadas en los párrafos anteriores no son falsas, pero si nos atenemos sólo a ellas, nuestra visión de la crisis será superficial e incompleta. Es necesario desentrañar el por qué de esta crisis (fundamentalmente en los aspectos económicos), lo que exige, precisamente, rebuscar en las entrañas del sistema los mecanismos de funcionamiento del modo de acumulación capitalista implantado desde los años ochenta. Es ese modo de acumulación capitalista el que ha hecho crisis y por ende el propio sistema capitalista sufre una nueva crisis severa.

Mirando hacia atrás

En la década de los 80 del siglo pasado, a través de las pioneras políticas económicas reaccionarias de Margaret Thatcher en el Reino Unido y de Ronald Reagan en Estados Unidos, se termina enterrando el modelo de *capitalismo de rostro humano* que había permitido funcionar al sistema capitalista durante los 30 años posteriores a la IIª Guerra Mundial, de una forma bastante satisfactoria. Aquel modelo (producto, en parte, de la favorable relación de fuerzas existente tras dicha guerra), gestionado mediante políticas económicas keynesianas, consiguió atemperar los excesos que conlleva la dinámica de un capitalismo poco regulado. Quienes detentaban el capital admitieron compartir los incrementos de la productividad entre sus beneficios, la creación de empleo, la mejora de los salarios y unos impuestos potentes capaces de garantizar un estado de bienestar (sanidad y educación públicas, pensiones, etc.) aceptable.

Muchas veces tenemos tendencia a pintar de rosa la época de los *30 años gloriosos* (mediados de los años cuarenta a mediados de los años 70 del S.XX), porque los comparamos con los últimos 30 años en

que las cosas han sido peores para la gente trabajadora. Las críticas a aquella época no deben ocultarse: el estado de bienestar y la paz social, fue una realidad que sólo alcanzó plenamente a los países del Norte, que supuso un ataque a los países del Sur (a sus materias primas, en primer lugar) y a la naturaleza (con la imposición de una filosofía económica productivista, que daba la espalda a cualquier propuesta ecológica) y que relegó a las mujeres a un papel social secundario (el pleno empleo era para los hombres blancos del Norte y los buenos salarios eran salarios familiares).

Se ha discutido hasta la saciedad por qué las élites capitalistas se volvieron después contra las ideas keynesianas (importancia del Estado como agente económico, límites de los mercados y necesidad de que dichos límites sean cubiertos desde el ámbito público, reparto equilibrado de las rentas del proceso productivo, etc.). Visto con ojos de hoy, cuando en un mundo que ha sufrido muchos más cambios que el de los años 70 se vuelven a abrazar elementos de la doctrina económica de Keynes, las explicaciones, pretendidamente objetivas, sobre la inadaptación del keynesianismo a los cambios económicos del mundo, parecen poco solventes. Como mucho, se podría haber hecho reformas dentro del paradigma keynesiano, pero no meterlo en el baúl de la historia, como entonces se hizo.

El capital da la vuelta a la tortilla

La explicación es más elemental y tiene que ver con la lucha de clases. El poder del capital no estaba dispuesto a permitir que el poder del trabajo, en sentido amplio (estado de bienestar, salarios en auge, pleno empleo, poder sindical, etc.), siguiera ganando

relación de fuerzas. Lo que se puso en marcha, desde finales de los años 70 del siglo pasado, fue una reacción en todos los campos, comenzando por el campo económico, para darle la vuelta a la tortilla y cortar las alas al mundo del trabajo. Se enterró el *capitalismo con rostro humano* y se empezó a implantar el nuevo modelo capitalista basado en el neoliberalismo, la globalización y la hegemonía de las finanzas. En ese trípode se ha asentado el sistema capitalista en las tres últimas décadas.

El neoliberalismo (cuyo fundamento surge, básicamente, de la Escuela de Chicago con Milton Friedman a la cabeza) plantea, en esencia, dos ideas: 1. Hay que devolver todo el poder al mercado y hacer que se retire el Estado. Esta idea se concreta en: permitir que los mercados funcionen con las mínimas regulaciones posibles, desde el laboral hasta el financiero, pasando por el resto; que los mercados se expandan a todos los ámbitos de la vida y a los últimos confines del planeta (con la expansión de los mercados se expande el capital y aumentan las oportunidades para los negocios y los beneficios capitalistas); que el Estado deje de intervenir en la economía, salvo en funciones estrictamente necesarias, por ejemplo para garantizar las reglas de juego de la propiedad privada. 2. Hay que invertir la regla de redistribución que existía en la etapa anterior (una redistribución desde las personas más ricas a las menos ricas). Esta nueva regla, llamada del *derrame*, consiste en poner en manos de las élites económicas el máximo de recursos pues serán ellas, situadas en la cúspide de la pirámide social, quienes a través de su actividad inversora, crearán fábricas, las cuales generarán empleos y éstos traerán salarios, etc., etc. Por goteo, esa riqueza generada por las élites llegará al conjunto de la pirámide social. Esta regla exige, obviamente, aumentar la explotación de la gente asalariada (su salario es un coste cuyo recorte mejora el beneficio) y reducir los impuestos que gravan al capital. La implantación de este modelo ha precisado, en buen número de países, la aplicación de diversos grados de violencia.

La globalización propone extender el modelo capitalista al conjunto del planeta, aprovechando que existe la tecnología que hace posible este funcionamiento global de los capitales (medios de transportes y comunicaciones y sistemas informáticos). La globalización descansa en una idea plenamente positiva del capitalismo: permitir que llegue a todos los lugares de nuestro universo es garantizar desarrollo y mejores condiciones de vida. Según el paradigma globalizador, cuanto más global es la escala a





la que puede operar el capital, mejores rendimientos es capaz de obtener. Combinará la obtención de capitales en cualquier parte del mundo, con la instalación de fábricas en países de bajo coste de mano de obra, bajos impuestos y escasos requerimientos medioambientales y la venta en mercados de gran capacidad de consumo.

La hegemonía de las finanzas (financiarización) es una realidad del capitalismo que se remonta a hace pocas décadas. En los años 70 del pasado siglo, se había producido una acumulación de fondos, fruto de la suma de beneficios capitalistas no invertidos, obtenidos durante los treinta años de auge económico posteriores a la Segunda Guerra Mundial (auge en buena medida explicable por la inmensa destrucción de medios de capital productivo y la gran pérdida de vidas humanas sufridas durante ella). A esos fondos se sumarán otros provenientes de las rentas de los países productores de petróleo, tras las subidas de los años 1973 y 1979, fechas de las dos crisis del petróleo. Todos esos fondos no tenían capacidad de generar beneficios si no se abría una nueva etapa de expansión y desregulación de los mercados financieros. Era evidente que la inversión de esas inmensas cantidades de dinero en la economía "real"

(la que produce bienes y servicios físicos) no era rentable para el capital, dada la existencia de una crisis de sobreproducción que se manifestaría con crudeza a mediados de los años 70 y posteriormente a principios de los 80.

Aunque las sucesivas crisis financieras en distintas partes del mundo han rebajado temporalmente el montante de fondos acumulados en las finanzas internacionales, éstos no han dejado de crecer. Se han sumado, a los ya citados, los fondos de pensiones (acumulación de ahorro privado depositado en variedad de planes de pensiones), los fondos de la economía criminal (drogas, armas, prostitución, etc.) y se han ampliado los fondos soberanos (países exportadores de petróleo, de otras materias primas y países con grandes superávits de balanza de pagos). La hegemonía de las finanzas, que se produce por esta inmensa acumulación de fondos, por un lado tiene el poder de controlar la economía real, pero por otro necesita contar con mercados globales y cuanto menos regulados mejor, para llevar a cabo su permanente ciclo de negocios.

Las entrañas de la crisis

La visión que de esta crisis estamos proponiendo, como crisis del modo de acumulación capitalista, nos obliga a explicar qué papel han tenido en ella los tres pies que han sostenido este modo de producción y cuyo funcionamiento hemos comentado más arriba. El neoliberalismo ha cumplido bien una de las dos funciones que tenía: permitir al capital cambiar la relación de fuerzas, debilitar muchísimo al mundo del trabajo y ponerlo a la defensiva. La imposición del conjunto de reformas laborales, fiscales, etc., han creado unas condiciones muy ventajosas para el capital, condiciones que ha aprovechado, precisamente para machacar a la gente trabajadora.

La otra función, que no ha cumplido, ha sido la económica. Cuando se planteó en los años 70 del siglo pasado que el modelo keynesiano no daba más de sí, uno de los argumentos claves fue que la tasa de crecimiento del PIB y de los beneficios se estaba agotando. El neoliberalismo debería ser, en este sentido, la nueva palanca del crecimiento. Los datos no dejan lugar a dudas sobre su fracaso: en los años 60, en media mundial, el PIB creció un 3,5%; en los 70 pasó al 2,5%; en los 80 al 1,4%; y al 1,1% en los 90. Pero no es sólo que el neoliberalismo desde el punto de vista económico no haya creado las condiciones para que el PIB crezca más, sino que sus efectos negativos han superado a los positivos. Desde los años

80, las recesiones han sido más frecuentes y más duras que durante las 3 décadas anteriores; porque la *teoría del derrame*, al provocar una redistribución de la renta al revés (de la gente más pobre hacia la gente más rica) ha recortado la demanda y así ha profundizado las crisis de sobreproducción.

Desde el punto de vista de los intereses del capital, la globalización ha cosechado dos éxitos indudables: el primero es que ha extendido el capitalismo a todo el universo como único sistema económico, acabando con el socialismo de los países del Este e integrando a China; el segundo, que ha implantado unos mecanismos de funcionamiento económico globales, difícilmente reversibles salvo que la crisis actual se extienda durante años y entremos en un escenario sociopolítico similar al de los años 30, que acabaron en la IIª Guerra Mundial. Por el lado del debe, el efecto de la globalización en esta crisis es muy notorio: al integrar en la economía global a todos los países, pero sobre todo a algunos con gran capacidad de producción (Sureste asiático, China, Brasil, India...), ha añadido leña al fuego de la crisis de sobreproducción.

El sistema financiero tiene un papel vital en el funcionamiento del capitalismo. Es el equivalente al sistema circulatorio del cuerpo humano. En este símil

el crédito sería la sangre. Es evidente que sin la circulación del crédito el propio sistema se colapsaría. Sin embargo, lo que la hegemonía de las finanzas y la falta de control sobre ellas han provocado es una hipertrofia del sistema financiero y una hipertrofia del crédito. Existe un exceso, una sobreabundancia de créditos, porque existe un exceso de fondos que vagan por nuestro planeta en busca de beneficios. Cuando estos fondos nutren créditos en exceso en un determinado sector (ahora ha sido en el sector inmobiliario, pero en el año 2000 fue en las empresas punto.com en EE.UU., y en los años 80 y 90 en la deuda externa a los países del Sur), se produce una burbuja que termina por estallar y provocar los efectos que ahora estamos viendo.

En conclusión, vista la crisis desde las entrañas del modo de producción capitalista existente desde hace más de tres décadas, cabe concluir que los tres motores que han sostenido el funcionamiento de este modelo (el neoliberalismo, la globalización y la hegemonía de las finanzas) han sido claves en la generación de la crisis.

¿Qué políticas están impulsando ahora?

Dadas las características de este documento, no ha lugar a entrar en las valoraciones concretas de las diversas medidas planteadas por las distintas instituciones. Nuestro objetivo es hacer una reflexión de tipo más general, pero al mismo tiempo más profunda, sobre la orientación fundamental (orientación de clase) que ha movido esas políticas.

Salvar la banca

Las medidas más decididas y urgentes han ido destinadas a este objetivo. Salvar a la banca se ha convertido en el equivalente a salvar el sistema. Si se mira las situaciones distintas que se han producido en cada país, parece que sobresalen diferencias en cuanto a las políticas, pero son diferencias secundarias, producto de los daños realmente existentes en

cada banco y de la idiosincrasia del país (ahí está el temor a la nacionalización en algunos países, como botón de muestra).

La salvación de la banca ha aparecido como un objetivo tan poderoso e incontestable que ha dejado sin espacio tanto a los defensores de mantener políticas neoliberales, como a gente crítica anticapitalista. En estas circunstancias, en teoría defender el neoliberalismo era posible: Se trataba de mantenerse en el principio de que los mercados son la solución para todo y, por lo tanto, dejar a los mercados que purgaran los excesos cometidos por determinados bancos; si éstos quebraban, ése era su problema; los Estados garantizarían determinados niveles de los fondos de los/as depositantes y ya está. Sin embargo, ni una sola voz de neoliberales convencidos/as ha defendido esta postura.

Desde posiciones críticas al sistema han abundado más las opiniones de que ahora tocaba evitar que, con el hundimiento de la banca, todos y todas saliéramos perdiendo. En el fondo, se compartía mayoritariamente la idea de que si se hunde la banca se hunde la economía. Ésta es una idea absolutamente falsa. Además de que no toda la banca se iba a hundir, la capacidad de los Estados y otras instituciones públicas para jugar el papel de los bancos quebrados es inmensa. Se ha echado en falta, en conclusión, voces disonantes que denuncien que la salvación de la banca que se está llevando a cabo no es en beneficio de toda la población, sino de las reglas de juego y del statu quo y que se puede (y debe) plantear alternativas para que las políticas destinadas a minimizar el daño que el deterioro de los bancos provoca en la economía real no suponga un espaldarazo a sus propias élites.

La población después y de otra forma

Para mitigar el impacto de la crisis en la población se ha empleado una filosofía distinta a la de las políticas a favor de la banca. Pero no se ha hecho porque fuera imposible aplicar una similar, sino por un planteamiento clasista. Era posible orientar las políticas a favor de la población con una idea de blinda-



je general de la gente frente a la crisis. Igual que no se dejará caer ningún banco, se debería admitir que no se dejará caer a ningún ser humano a causa de esta crisis. ¿Cómo llevar a cabo una orientación de este tipo? No es nada difícil inventariar las condiciones del personal antes de la crisis (se puede hacer a posteriori, con las personas que lo soliciten a causa del daño que la crisis les ha provocado) y garantizar que, por su impacto, no se perderá un nivel de condiciones de vida similar al que se tenía en cuanto a necesidades básicas (manutención, vivienda, salud, educación, relaciones sociales, etc.).

Todavía no es posible valorar la efectividad de las medidas indirectas adoptadas por el Gobierno Zapatero o los Gobiernos vasco y navarro en asuntos de empleo, vivienda, etc. Sin embargo, al no haberse establecido políticas, por ejemplo, para alargar los periodos de prestación de desempleo, ampliar la cobertura de la Renta Básica, garantizar a las personas morosas de sus préstamos hipotecarios contra los desahucios, etc., a medida que la crisis vaya dejando más gente en la cuneta, esta crítica que venimos haciendo sobre la doble vara de medir utilizada con la banca y con las personas resultará más evidente.

Ni autocrítica, ni propósito de enmienda

Oyendo a "nuestros" banqueros, empresarios y empresarias, políticos y políticas, parece que no tengan la más mínima responsabilidad sobre esta crisis y sus consecuencias. Es como si, puesto que la crisis detonó en Estados Unidos a mediados de 2007, sólo allí existieran responsables. Nada más lejos de la realidad. Asentar el modelo de crecimiento en el sector del ladrillo se ha hecho en todos los sitios; utilizarlo como fuente de financiación fiscal lo han llevado a cabo todos los ayuntamientos; endeudar a la gente con préstamos metidos hasta por las narices ha sido práctica común de cajas y bancos; rebajar la fiscalidad, sobre todo al capital, a pesar del impacto negativo que ello comporte para mantener los gastos sociales futuros, ha resultado un lugar común de todas las políticas fiscales; precarizar el empleo y adelgazar las prestaciones de desempleo a golpe de reformas laborales, era el abc de cualquier político neoliberal que se preciara... Todo eso, y mucho más, ha coadyuvado a esta crisis y nos coloca realmente mal para salir de ella.

Pero si miramos hacia adelante tampoco hay propósito de enmienda en "nuestras" élites económicas y políticas. Se está esperando a que la crisis toque fon-

do para volver a hacer, más o menos, lo mismo que en el pasado. Ciertamente, durante años el sector de la vivienda no podrá tener esa función tractora que ha tenido en el pasado reciente, pero se está buscando sectores de repuesto con la misma visión productivista y desarrollista que nos ha traído hasta aquí. Sobre esos nuevos sectores, se construirán otros castillos de papel que tirará el viento de la

próxima crisis. Con la que nos está cayendo encima, sería el momento de que las autoridades políticas y económicas abrieran una reflexión seria sobre el modelo de progreso humano y social que necesitamos. Y que lo hicieran con valentía, sin poner por delante que el sistema tiene que funcionar como sea y, por tanto, sólo nos queda poder encajar las piezas de recambio de los elementos estropeados.

¿Qué futuro?

¿Hasta cuándo durará la recesión y cómo saldremos de ella?

Todas las estimaciones que se están haciendo sobre el momento en que la recesión tocará fondo y cómo saldremos de ese fondo, son poco fiables. Se utilizan dos tipos de aproximación para establecer pronósticos. En primer lugar, comparaciones históricas extraídas de análisis de pasadas crisis. En este sentido, si la comparación se hace con crisis como la que siguió al crack de 1929 o con la crisis japonesa de la década 1990-2000, sale una previsión pesimista: tendremos recesión durante varios años. Si la comparación se hace con la duración media de las recesiones posteriores a la Segunda Guerra Mundial en EE.UU. (16 a 18 meses, sin llegar a dos años), la recesión tocará fondo en Estados Unidos este verano (comenzó oficialmente en diciembre 2007) y seis meses después lo hará en la Unión Europea, ya que empezó más tarde. Por tanto, según esta visión optimista, en 2010 ya estaremos en proceso de recuperación económica.

El segundo tipo de aproximación tiene que ver con la evolución de determinados indicadores que se consideran muy significativos y que son publicados cada mes o cada tres meses: índices de producción industrial, de venta de viviendas, de venta de automóviles, de bienes de consumo duraderos, etc. En este capítulo entran también los índices laborales: EREs, destrucción de empleo, crecimiento del paro, etc. Uno de estos indicadores, considerado muy fiable por su capacidad de adelantamiento sobre la coyuntura de la economía real, es el índice bursátil. En las recesiones de los últimos 100 años, las bolsas han tocado fondo perdiendo de media entre el 40%

y el 50% de su valor y 6 meses después de haber mantenido un movimiento alcista sostenido, la recesión tocaba fondo y comenzaba la recuperación.

Como casi todos los analistas han insistido en que esta crisis es distinta a las anteriores y, desde luego la más seria de los últimos sesenta años, los pronósticos anteriores hay que tomarlos con cautela. Más cautela hay que emplear, todavía, para hablar de la recuperación. El caso japonés que se ha citado no fue de una década de caída, sino de estancamiento. Es decir, no había forma de que la economía iniciara la senda de la recuperación sostenida. Dada la complejidad de la crisis actual, al tratarse de una crisis con varios frentes que interactúan y con una extensión global al conjunto de países, el pronóstico sobre la recuperación es, por ahora, una entelequia.

¿Qué se puede esperar del G-20?

Tras la segunda reunión del G-20, celebrada el 2 de abril en Londres, ya queda más claro cuáles son los límites de la reforma del sistema que se puede esperar. El límite más evidente está en el gobierno de la globalización. Por supuesto, no hay ninguna instancia capaz de gobernar políticamente la globalización; pero en esta coyuntura de grave crisis, el hecho de que la OMC haya sido incapaz de cerrar la Ronda de Doha y que bastantes países estén reavivando medidas proteccionistas (vía aranceles y subvenciones) hace pensar que el llamamiento de la Declaración final de Londres, en su capítulo titulado “Resistir al proteccionismo y promover el comercio y la inversión mundiales”, no sirve para casi nada. El segundo límite tiene que ver con la creación de una nueva arquitectura financiera internacional.

Aunque se adelanta la fecha de la reforma del FMI desde el año 2013 hasta el 2011, nadie asegura, más todavía si para entonces la economía mundial ha vuelto al crecimiento, que tal reforma sea tomada en serio. Pero incluso poniéndose a ello, como lo vienen haciendo en la OMC, ¿quién garantiza que se alcanzarán resultados positivos cuando estamos ante un juego de suma cero (lo que consigan los países menos desarrollados será a cuenta de lo que pierdan EE.UU. y la UE)?

Los avances se han producido en dos terrenos, pero aun así habrá que ver cómo quedan en su materialización. El primero es el del reforzamiento de los fondos del FMI, al que se triplican los recursos. El segundo, el de la regulación financiera: por un lado está el papel que se asigna al Consejo de Estabilidad Financiera, investido como el eje del nuevo orden financiero internacional, pero cuyas funciones son más de supervisión que de regulación; por otro los avances concretos: habrá lista de paraísos fiscales rebeldes, se regularán los fondos de alto riesgo más grandes y las agencias de calificación, se crearán colegios de supervisores/as, etc.

Como el G-20 va a seguir reuniéndose, ya se verá si esa esperanza de convertirse con el tiempo en un Gobierno económico global tiene verosimilitud. Por ahora, lo único plausible es que se van a tomar algunas medidas de regulación y control financiero para evitar sustos como el que esta crisis ha puesto sobre la mesa, cuando dejó a las élites económicas del capitalismo al borde del infarto, pensando que se hundían las finanzas mundiales.

De esta crisis no saldrá un nuevo modo de acumulación capitalista

En el capítulo dedicado a analizar la crisis hemos explicado las características que tuvo el modo de acumulación capitalista llamado capitalismo de rostro humano (Keynes), así como el que nos ha traído hasta la crisis actual, soportado en los tres pies del neoliberalismo, la globalización y la hegemonía de las finanzas. Ambos modos de acumulación son procesos históricos en los que la lucha de clases decanta unas determinadas reglas de juego entre el poder del capital y el poder de la gente trabajadora. Esas reglas duran unas décadas hasta que una nueva relación de fuerzas, implantada tras años de confrontación y luchas sociales, permite establecer otras distintas.

Al capitalismo de rostro humano se llegó tras una crisis económica como la de los años 30, en que las



viejas doctrinas del liberalismo económico se mostraron incapaces de sacar al sistema de la crisis y hubo que echar mano de una nueva política económica basada en el keynesianismo. Pero fue tras una guerra mundial devastadora que causó 60 millones de muertes y una ingente destrucción de medios de producción. Pero para abrir una nueva etapa el sistema capitalista no sólo necesitó cosechar un fracaso por sus propias contradicciones internas (en eso se parece mucho la crisis de los años 30 a la implosión que refleja esta crisis), también fue necesario otro ingrediente substancial de la lucha de clases (del cual nada hay ahora que se le asemeje). Que la mitad del mundo empezara a hacer la experiencia de un nuevo modelo de organización económica y social alternativo al capitalismo, el llamado socialismo real. Y que, en los propios países capitalistas la fuerza de la clase obrera y de sus organizaciones sindicales pusiera contra las cuerdas al poder empresarial.

Ahora mismo no hay condiciones para que el movimiento obrero le dé la vuelta a la tortilla. Tampoco para que, por la vía de las auto-reformas, el capitalismo neoliberal que venimos padeciendo desde hace más de tres décadas cambie en profundidad. Lo previsible es una salida de la crisis, en su caso, como fuga hacia delante, con los cambios en la regulación de las finanzas que hemos comentado en el epígrafe anterior. Y así hasta otra próxima crisis que puede resultar más devastadora que la actual. Para eso debemos prepararnos y en ese horizonte tenemos que acumular fuerzas. Esta crisis ha sido un serio aviso al sistema, pero el capitalismo no es un ente orgánico con un estado mayor que le puede dirigir en una u otra dirección. Por eso, es necesario trabajar por una acumulación de fuerzas anticapitalistas que le impida seguir funcionando como lo viene haciendo, poniendo a los seres vivos y a la naturaleza al servicio de la obtención de sus beneficios.

¿Qué alternativas?

Esta crisis nos plantea, desde el punto de vista de la reflexión o de las ideas, tres retos: 1) llevar a cabo una crítica anticapitalista de la crisis; 2) repensar propuestas combativas que, sin ser en sí mismas anticapitalistas, puedan generar una dinámica de contestación social que acabe teniendo elementos que entren en contradicción con el modo de acumulación capitalista realmente existente; 3) comenzar a pensar alternativas novedosas en la tradición intelectual de ESK como las que se engloban en los debates sobre el decrecimiento. El punto 1) ha sido abordado en apartados anteriores; en este capítulo nos referiremos a los otros dos.

Nacionalizar la banca, repartir la riqueza, reducir el tiempo de trabajo (repartiendo el empleo y todos los trabajos), implantar una Renta Básica como derecho ciudadano a la existencia

En términos generales, la forma en la que salgamos de esta crisis será muy importante para saber el futuro que nos espera. En términos más acotados, definir quién pagará los costes de la crisis es clave para establecer la relación de fuerzas con la que la gente trabajadora va a encarar el porvenir más inmediato. Estamos viendo por doquier que el mundo empresarial se niega a compartir esos costes y pretende cargarlos en las espaldas de trabajadores y trabajadoras (con y sin empleo retribuido), por un lado, y del Estado (socialización de las pérdidas del capital), por otro. Las cuatro propuestas programáticas que vamos a defender a continuación tienen como objetivo plantar cara al capital dentro de la propia dinámica de la crisis; establecer una agenda propia, autónoma de la gente trabajadora, que recoja sus intereses y que impida la dilución interclassista que se produce en momentos de convulsiones como los que acompañan a las crisis fuertes.

Nacionalizar la banca, bajo control social

La nacionalización que se está promoviendo en aquellos países donde esta medida se está utilizando es la toma de acciones de los bancos por parte de los estados, con aportación de dinero público. Hasta ahora la toma de estas acciones no ha llevado a la gestión pública de los bancos. Su objetivo ha sido puramente

defensivo: evitar que los bancos quiebren y ayudarles a que puedan seguir haciendo su función de intermediarios del crédito. Ante el nuevo horizonte de incremento de las nacionalizaciones, las autoridades económicas están ofreciendo garantías al capital en dos terrenos: que se inmiscuirán lo menos posible en la gestión privada del negocio bancario y que su permanencia en el capital de los bancos será temporal, puesto que superada la crisis, se volverán a vender a la iniciativa privada.

Una respuesta coherente a la crisis financiera, demostrada la responsabilidad y la incapacidad de la banca, sería la nacionalización integral. Esta vía permitiría: sacar a la luz toda la podredumbre que aún anida en los balances de los bancos y que los sigue teniendo bloqueados, salvar a las víctimas de las hipotecas basura, en lugar de preservar los beneficios bancarios, y garantizar que los bancos cumplen su función de intermediarios en el sistema de crédito, evitando que la falta de crédito siga hundiendo empresas y personas.

La nacionalización de la banca es, por otro lado, el único medio eficaz de regular las finanzas y de dar un carácter de servicio público al crédito, con la trascendencia que el mismo tiene en nuestras sociedades. Sin embargo, ni siquiera una nacionalización integral, con vocación de permanencia en el tiempo, garantiza que la gestión que se haga de las finanzas, tenga una verdadera visión pública. Llevamos mu-



chos años acostumbrados a que quienes gestionan el dinero público lo hagan con una visión rentabilista y mercantilista, propia de la economía privada. El neoliberalismo ha empapado durante demasiados años al conjunto de la sociedad (sobre todo a las élites gobernantes), como para creer ingenuamente que su destierro como doctrina económica hegemónica equivale a su erradicación social. Las cosas no funcionan así en términos sociales y, si queremos que el gran avance que permitiría la nacionalización de la banca no se frustre, debería ir acompañado de medidas de control social que velen porque los bancos hagan bien sus deberes bajo una orientación de servicio a la comunidad. En sociedades democráticas no resulta muy complicado buscar alternativas en este sentido (a través de instituciones como los parlamentos o desde instancias ciudadanas, desde la representación sindical, etc.).

Repartir la riqueza

Al calor de esta crisis se ha suscitado una discusión sobre el papel que la distribución de la riqueza ha tenido en su origen y otra sobre el papel que puede tener en la solución. Quienes insisten en que una distribución tan desequilibrada de la riqueza como la que se ha producido desde los años 80 del pasado siglo, fruto de la doctrina y de las imposiciones prácticas de las políticas neoliberales, ha tenido una importante responsabilidad en la actual crisis, tienen buenos argumentos que ofrecer. Como ya los hemos recogido en el capítulo *¿Qué crisis?*, no los repetiremos aquí, pero sí señalaremos la conclusión que arrojan los datos. La distribución de rentas y riquezas, a través de la disminución de impuestos a las personas más ricas y a las sociedades de capital, del fraude fiscal... así como de los recortes salariales, aumentos de las jornadas de trabajo y precarización de los empleos, ha beneficiado extraordinariamente a las élites y ha aumentado las desigualdades sociales. En la mayoría de los casos en que se ha creado empleo, éste ha sido tan precario que su traducción en la distribución de la renta no ha impedido que la parte que se llevan los salarios haya seguido perdiendo terreno frente a la que se llevan los beneficios del capital.

Semejante modelo redistributivo no sólo ha generado sociedades más injustas, sino que ha empobrecido a amplios sectores de las clases trabajadoras. Este empobrecimiento se ha enmascarado con el endeudamiento masivo promovido por el crecimiento desbocado del crédito, que ha permitido, durante años, mantener ritmos alocados de con-

sumo y ha generado un espejismo de riqueza de la mano de la burbuja inmobiliaria. La responsabilidad que el modelo de distribución de la riqueza impuesto por el neoliberalismo ha tenido es doble: por un lado, ha deprimido la capacidad de demanda de los sectores populares, acrecentando la crisis de sobreproducción siempre omnipresente en todas las fases alcistas del ciclo; por otro, ha abonado el terreno para que el crédito y el endeudamiento masivo inunden las sociedades hasta el momento de su desplome, sembrando en la economía real una depresión económica global y generalizada.

La discusión sobre el papel que puede tener un tipo u otro de distribución de la riqueza a la hora de salir de la actual crisis se ha de mover en una reflexión en parte distinta a la que hemos hecho en los párrafos anteriores. Lo anterior es historia y, aunque cabe interpretarlo a la luz de unos u otros esquemas teóricos, es difícil encontrar propagandistas del neoliberalismo que justifiquen su modelo de distribución de la riqueza como exitoso en términos económicos y sociales.

El terreno en el que debemos plantear nuestra alternativa de distribución de la riqueza para salir de esta crisis ha de ser muy pragmático y muy sencillo. Es inaceptable que la gente asalariada vea que su situación se degrada todavía más, sólo para que las empresas recuperen una senda de beneficios que les lleve otra vez a repartir dividendos a sus accionistas. Y quien dice empresas, con más razón puede decir la banca. ¿Cómo se consigue que la distribución de la riqueza no empeore para la gente trabajadora? En los terrenos concretos de cada centro de trabajo, combatiendo porque no se pierdan empleos, salarios y, en general derechos laborales, a causa de la crisis. En un terreno más general, por ejemplo defendiendo la creación de un fondo de crisis, que se nutriría con dividendos empresariales y aportaciones del Estado y cuyo destino sería garantizar los niveles de riqueza que tenía toda la gente trabajadora antes de estallar la crisis. Se trataría de blindar la situación de aquellas personas que van a ser las más frágiles en esta coyuntura, garantizando que no perderán su hogar, su empleo, etc.

Reducir el tiempo de trabajo (y repartir todo el trabajo, retribuido o no)

La reflexión sobre la reducción del tiempo de trabajo se puede plantear desde varios ángulos, pero hay dos que engloban al resto. Son el ángulo de la posibilidad y el ángulo de la conveniencia. ¿Es posible reducir ge-



neralizadamente el tiempo de trabajo? Lo es, incluso manteniendo sociedades tan despilfarradoras de recursos y generadoras de necesidades ficticias como las nuestras. Y lo es porque, mientras sigamos en un sistema capitalista, los aumentos de productividad que incorporan las nuevas tecnologías y los nuevos métodos de producción lo hacen posible.

¿Es conveniente la reducción de la jornada de trabajo? Por el lado del mundo empresarial la respuesta es evidentemente negativa. Sus beneficios tienen que ver, aunque no sólo, con el tiempo de trabajo de la gente asalariada: a mayores jornadas, mayor porción de beneficio extrae de la explotación de trabajadores y trabajadoras. La oposición patronal a la reducción del tiempo de trabajo se ha convertido en algo tan radical que ha dejado de ser terreno de acuerdo, para convertirse en campo de permanente confrontación con el mundo sindical. Y si no hay tanta confrontación como debería es porque, entre la gente trabajadora, el objetivo de reducir el tiempo de trabajo ha sido relegado de sus prioridades reivindicativas.

Con la crisis y su secuela de aumento enorme del desempleo, la lucha por la reducción del tiempo de trabajo tiene mucho sentido, en primera instancia, si se liga sencillamente a evitar nuevas oleadas de despidos.

Pero es que, además, la conveniencia de la reducción del tiempo de trabajo, desde una dimensión ofensiva, es un puente hacia un proyecto de sociedad donde el tiempo liberado del trabajo obligatorio permitiría su uso, al margen de necesidades

productivistas, en ampliar las opciones creativas y relacionales de la gente, resaltando especialmente el reparto de las tareas del hogar y la mejora de las relaciones con las personas que por una u otra razón precisan mayor atención (hijos e hijas, personas mayores, discapacitadas...).

Implantar una Renta Básica incondicional como derecho ciudadano a la existencia

ESK (y otros movimientos ciudadanos e intelectuales) venimos defendiendo la idea de la Renta Básica incondicional desde hace dos décadas. Lo hemos hecho al margen de las coyunturas económicas. Nos han movido las potencialidades que tiene una reivindicación de este tipo para hacer una sociedad mejor. Estamos convencidos/as de que una buena sociedad es aquella capaz de garantizar a su ciudadanía el derecho a una existencia digna, lo que exige poner a su disposición los medios materiales que la hagan posible. En parte, los distintos servicios que provee el estado de bienestar (enseñanza, sanidad, seguridad, pensiones, etc.) tienen esa función. Sin embargo, la realidad demuestra, aún más en tiempos de crisis como éstos, que hay un porcentaje de personas que, a pesar de la cobertura pública que se le ofrece, no cuentan con ingresos suficientes para llevar una vida digna.

Una Renta Básica que ascendiera al importe suficiente para cubrir las necesidades básicas de una ciudadana o ciudadano, que no le cubran otros gastos sociales que ya recibe en especie, daría una

seguridad vital enorme a los sectores más frágiles de nuestra sociedad. Por otro lado, teniendo en cuenta que esta nueva prestación pública tendría una gestión fiscal integrada vía IRPF, ni daría lugar a usos abusivos, ni implicaría una financiación imposible de soportar por los presupuestos públicos (por ejemplo, varios estudios han calculado que una RB equivalente al SMI del año 2002, en la CAPV, podría ascender al 3% del PIB de aquel año).

Sobre el decrecimiento. Por una sociedad ahorrativa y solidaria

Para introducir la reflexión, novedosa en ESK, sobre el decrecimiento hemos echado mano de algunas ideas tomadas de Jean-Marie Harribey (profesor en la Universidad de Burdeos IV y miembro del Consejo Científico de Attac Francia). Las propondremos a modo de puntos separados.

- La doctrina oficial de Naciones Unidas sobre el desarrollo duradero o sustentable, definido como aquél que puede garantizar el bienestar de las generaciones presentes sin comprometer el de las futuras, un fiasco. Su idea de que “lo que necesitamos es una nueva era de crecimiento, un crecimiento vigoroso y, al mismo tiempo, social y medioambientalmente sustentable” es imposible. La suposición de que proseguir con un crecimiento económico infinito es compatible con el mantenimiento de los equilibrios naturales y la resolución de los problemas sociales es inmantenible.
- Por parte de las élites políticas existe una incapacidad para pensar el futuro fuera del paradigma del crecimiento económico permanente. A pesar de los estragos sociales y ecológicos, no se quiere disociar el desarrollo del crecimiento. El capitalismo tiene interés en hacer creer que crecimiento y desarrollo van siempre juntos, ya que la mejora del bienestar humano sólo puede pasar por el crecimiento perpetuo de la cantidad de mercancías.
- Hay que establecer una distinción radical entre crecimiento y desarrollo. La mejora del bienestar y el logro del pleno desarrollo de las potencialidades humanas es algo que se realiza fuera del camino del crecimiento infinito de las cantidades producidas y consumidas, fuera del cambio de la mercancía y del valor de cambio. Se realiza en el camino del valor de uso y de la calidad del tejido social que pueda nacer a su alrededor.
- La consigna de decrecimiento sería injusta si se aplicara indistintamente a todos los pueblos y para

todo tipo de producción: 1) Hay bienes y servicios socialmente necesarios en los que el capitalismo impone el decrecimiento (transporte colectivo, salud, educación, ayuda a las personas de edad, etc.). 2) No toda la producción es forzosamente contaminante y degradante. 3) La utilización planetaria de los recursos debe organizarse de manera tal que los países pobres puedan lograr el crecimiento necesario para la satisfacción de sus necesidades esenciales y que los más ricos se vuelvan ahorrativos.

- Un decrecimiento ciego sería inaceptable para la mayoría de la ciudadanía. Es mejor plantear, en un primer momento, una desaceleración que permita engranar la transformación de los procesos productivos y también la de las representaciones culturales. La desaceleración del crecimiento, en los países ricos, sería una primera etapa antes de emprender el decrecimiento selectivo, comenzando por las actividades dañinas para una economía orientada hacia la calidad de los productos y de los servicios colectivos, una distribución primaria de los ingresos más igualitaria y una bajada regular del tiempo de trabajo, a medida que se logran incrementos de productividad, única manera de promover el empleo fuera del crecimiento. Cualquier cuestionamiento del modelo de desarrollo actual no será realista si no cuestiona simultáneamente las relaciones sociales capitalistas.
- Si se admite que la humanidad no volverá a la situación anterior al desarrollo y que, por tanto, los incrementos de productividad existen y existirán, su uso debe ser pensado y compatibilizado con la reproducción de los sistemas vivos. Se puede proponer la hipótesis de que la disminución del tiempo de trabajo puede contribuir a despejar nuestro imaginario de la fantasía de tener siempre más para ser mejor, y de que la extensión de los servicios colectivos, de la protección social y de la cultura, sustraídos al apetito del capital, es fuente de una riqueza inconmensurable respecto de la que privilegia el mercado. Detrás de la cuestión del desarrollo están en juego las finalidades del trabajo y, por lo tanto, el camino hacia una sociedad ahorrativa y solidaria.

Al mismo tiempo que vamos buscando mejorar la relación de fuerzas social con el capital, mediante el debate y la movilización, buscando la implantación de medidas como las expuestas más arriba, es también importante realizar una reflexión más a fondo.

mayo de 2009